

con su divina Cabeza, mientras que está sobre la tierra.

Acabamos de decirlo: la vida de Jesucristo sobre la tierra fué una vida siempre doliente, siempre más ó menos agonizante; y será más semejante al Salvador Jesús el que participe más íntimamente y con amor más perfecto, de sus continuos sufrimientos, de su continua agonía. Aquí, lector querido, nos detendrás y nos dirás: ¿Puedense encontrar almas á quienes Nuestro Señor mantiene en ese continuo estado de agonía? Si tomas esta palabra en su última expresión de sufrimiento y desolación responderemos: No. Nuestro Señor no permite que un alma esté continuamente desolada de esa manera; pero sí que, sin estar habitualmente reducida á esa extremidad desoladora, lo sea por intervalos más ó menos próximos, ó que no viva casi nunca sin alguna cruz interior más ó menos pesada. De estos ejemplos se ven, y cuando un director de conciencias se halla en presencia de esas almas, á quienes nuestro Señor tiene en estado de sacrificio, puede decir, sin temor de equivocarse: «Estoy en presencia de un alma á quien nuestro Señor ama tiernamente, y en la que ha resuelto reproducir la viva imágen de sí mismo, de su vida crucificada. Prestaré, pues, mis cuidados á esta alma, á fin de que responda plenamente á los designios de su Dios; y de que las almas á quienes ha resuelto traer por ella á la salud y á la perfección, no se vean privadas de ese poderoso auxilio. Porque nunca coloca Dios á un alma en esas dichosas condiciones por ella sola; y las palabras de Santa Teresa encuentran en esta alma perfecta aplicación:

«Estoy persuadida de que el que se esfuerza por llegar al colmo de la perfección (y el estado de que hablamos es el camino más corto para llegar á ella), no ira solo al cielo, sino que Dios le dará, como á un valiente capitán, soldados que marcharán bajo su mando».

¡Oh almas privilegiadas, á quienes Dios Padre se complace en dar un rasgo de semejanza tan perfecto con su Hijo agonizante! Estimáos dichosísi-

mas y bendecid al Señor por este favor insigne, más grande que ninguno de los que tiene la costumbre de conceder á sus mejores amigos. No os dejéis dominar por el desfallecimiento, que se presentará quizás á la puerta de vuestro corazón, ni pronunciéis estas palabras: «La cruz me agobia: no quiero llevarla más». Tal lenguaje no vendría de Dios, sino de vuestro enemigo, es decir, del demonio, celoso de veros tan favorecidos, ó bien, de vuestra naturaleza, que cedería á una funesta impresión de debilidad ó de aburrimiento. Recurrid entonces á Aquel que os ha cargado con esta cruz, y decidle: ¡Oh mi dulce Jesús! yo no rehusé vuestra cruz, ni la parte que me dáis en vuestro cáliz amargo. Pero Vos conocéis, Señor, mi debilidad; ayudadme, sostenedme, fortificadme, á fin de que, no solamente no sucumba bajo el peso de mi cruz, sino de que la lleve en vuestro seguimiento con valor y perseverancia hasta la cima del Calvario, para ser crucificado y morir con Vos por la salud de las almas, por las cuales habéis derramado hasta la última gota de vuestra sangre. Así sea.

CAPÍTULO XXXI.

RELACIONES ÍNTIMAS ENTRE EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO Y EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Lo hemos dicho al principio de esta obra y tenemos que repetirlo: entre el Apostado de la Oración y el del Sufrimiento existe un lazo estrecho, una conexión íntima, tan íntima, que puede preguntarse legítimamente, cómo sería posible separar la una de la otra, queriéndose obtener un resultado profundo y serio para la salvación de las almas y para la regeneración de la sociedad.

Nuestra convicción es la de que el Apostolado de la Oración y el del Sufrimiento deben marchar juntos, como el sufrimiento y la oración marcharon unidos en la vida del Hombre-Dios. ¿Qué son,

en efecto, la oración y el sufrimiento del cristiano, miembro de Jesucristo, si no, como lo hemos dicho tan frecuentemente en el curso de esta obra, la continuación y la prolongación de la oración y de los sufrimientos de Jesucristo, su divina cabeza? Ahora bien: Jesús oró y sufrió siempre; y su oración y su sufrimiento se dirigieron siempre al objeto de la misión que vino á cumplir en la tierra, á la salvación del género humano. Es, pues, en Jesucristo, que oró y sufrió por la salud de las almas, en quien todo cristiano, deseoso de cooperar por su parte á esta grande obra con la oración y el dolor, debe buscar sus fuerzas y su modelo. Y cuanto más se acerque á este divino ejemplar, es decir, cuanto más se una, como El, de una manera inseparable á la oración y al sufrimiento, más apóstol será por la una y por el otro, y más almas ganará para Jesucristo.

Esto explica cómo los hombres más apostólicos que han obtenido en la obra de la conversión de los pueblos los resultados más óptimos, han sido hombres eminentemente llenos del espíritu de la oración y del sacrificio. San Pablo, San Bernardo, San Francisco Xavier, y, entre las mujeres, Santa Teresa, para no citar otros, poseyeron en el más alto grado este doble espíritu. Y esto es precisamente lo que comunicó á los trabajos que emprendieron, por Dios y por las almas, una fecundidad tan maravillosa.

Sigamos más adelante y digamos, á fin de hacer comprender mejor la importancia relativa del Apostolado del Sufrimiento, que el Salvador del mundo quiso darle en la obra de nuestra redención el primer lugar y la parte principal de la acción. En efecto; aunque se pueda decir con verdad que Jesucristo con la menor de sus oraciones pudo realizar la salvación del género humano, no es menos cierto, sin embargo, que con su pasión y con su muerte realizó esta grande obra, formal y como oficialmente; de tal manera, que según lo afirman los teólogos, explicando la doctrina de San Pablo, debe atribuirse á la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, como á su causa inmediata, la

redención del género humano. El gran apóstol había dicho: *Sine sanguinis effusione non fit remissio.* (Heb., IX.) «Sin efusión de sangre no hay remisión que esperar»; y de una manera no menos explícita: *In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus remissionem peccatorum.*

«Por la sangre de Jesucristo tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados». (Col., I.) He aquí por qué el mismo apóstol pronunció de una manera tan imponente y solemne, este oráculo divino: *Christum oportuit pati.* (Act. XVII.) «Convino que Cristo padeciera»; queriendo hacernos comprender que nuestra salvación debió depender de la pasión y muerte del Hijo de Dios; que Dios Padre, justamente irritado contra nosotros, puso este precio á nuestra libertad de la esclavitud del pecado y de la tiranía del demonio: *Christum oportuit pati.* El no dijo: Convino que Cristo, durante su vida mortal, hiciera tal ó cual cosa; sino que *padeciera.* Sin embargo, Jesucristo es Pontífice; y una de las principales funciones del Pontífice consiste en interceder, es decir, en orar por el pueblo. Es Maestro y Doctor, título que El mismo se da en muchos lugares del Santo Evangelio, lo cual declara también San Pablo diciendo, que de El hemos recibido la enseñanza de la verdad, y que es preciso recurrir á su suprema autoridad de Doctor y Maestro para recibir la palabra de la verdad. *Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostris omnibus hominibus erudiens nos.* (Tit. II.) ¿Por qué, pues, este mismo San Pablo se limita á decirnos: *Christum oportuit pati.* «Convino que Cristo padeciera?» ¡Ah! es que reconociendo que la oración y las enseñanzas del Hijo de Dios, entraron en cooperación con sus sufrimientos en la obra de nuestra salvación, quiso Dios Padre, sin embargo, en su justicia y en su amor, que nuestra salvación se ligase, como á su causa inmediata, á la sangre de su Hijo, derramada en el Calvario; esto es, á sus sufrimientos, á su pasión, y á su muerte.

Cristianos fervorosos, que queréis á todo precio ganar almas para Jesucristo, no olvidéis jamás es-

tas palabras de San Pablo, tan llenas de sentido divino: *Christum oportuit pati*. «Convino que Cristo padeciera». Que es como si nos dijera: No convino que Cristo se contentara, para rescatar á los hombres, con orar y enseñar, sino que *sufriera y muriera* por ellos. A este precio, á esta condición había ordenado Dios Padre, por un decreto eterno, la salvación del mundo. *Oportuit*. «Convino. ¿Y cómo no sería preciso que sufrierais, á vuestra vez, si queréis concurrir vosotros mismos á esta gran obra? Convino que Cristo, no solamente orase, sino que sufriera por ganar almas, ¡y querríais vosotros ganarlas sin sufrir! ¡Ah! Cuando oráis por la salvación de vuestros hermanos, Jesucristo une sin duda á vuestra oración la virtud de sus propios sufrimientos, y los da así la fecundidad. Pero no olvidéis que, en la aplicación de los méritos de la redención, como en la redención misma, Dios no tiene dos maneras de proceder. Quiso rescatarnos por la cruz; y por la cruz quiere hacer aplicación á cada alma, para salvarla, de los méritos de sus sufrimientos y de su muerte.

Por esto el apóstol San Pablo, á quien el Señor confió especialmente la misión de explicar á los hombres esta gran doctrina de salud por la cruz, completa su enseñanza diciendo: *Adimpleo ea que desunt passionum Christi in carne mea...* «Yo he cumplido en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo»... Queriendo decirnos: No basta que mi Salvador sufriera por mí; es preciso, si quiero participar de la virtud redentora de su sangre, que me haga aplicación de ella, sufriendo con El. Nuestro Señor mismo había dicho, antes que su apóstol, esta célebre frase que no deja excusa á los que pretenden subir al cielo sin sufrir: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me*. «Si alguno quiere venir conmigo, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame».

De las reflexiones precedentes, sacamos las conclusiones que siguen: primera, que el Apostolado de la Oración no debe separarse ordinariamente,

en la práctica, del Apostolado del Sufrimiento; segunda, que el Apostolado de la Oración, sea cualquiera la extensión de su acción, y por importantes que parezcan sus resultados, no alcanzará más que una parte relativamente muy restringida de su objeto, sobre todo, en lo que concierne á la regeneración profunda de las sociedades modernas, bajo el punto de vista religioso, si no tiene cuidado en mantenerse estrecha y continuamente unido al Apostolado del Sufrimiento; tercera, que sin éste último, el Apostolado de la Oración, por muy perfectamente que se organice, no tendrá nunca más que una garantía, de duración incierta, sin verdadera solidez; que la unión por el *sacrificio*, por la *inmolación*, en una palabra, con el *Apostolado del Sufrimiento*, es para él una condición indispensable de duración y de vida; cuarta, que el Apostolado del Sufrimiento no debe, por consiguiente, mirarse como un elemento accesorio, ó como un puro complemento del Apostolado de la Oración, sino como un elemento vital, que centuplicará su propia vida y su acción. Que, bajo esta relación, como bajo todas las otras, la oración y el sufrimiento del cristiano, miembro de Jesucristo, deben ser como la oración y los sufrimientos de Jesucristo, su divina cabeza. Ahora bien; la oración y todas las obras de Jesucristo, aunque hubiesen sido capaces por sí solas de merecer nuestra salvación, fueron relacionadas y como subordinadas por El á su último sacrificio en la Cruz, es decir, á su pasión y muerte, las cuales, después del decreto divino, debieron ser el acto expiatorio, reparador, redentor del género humano; en una palabra, la redención misma.

Dejamos al celo y á la piedad del Director de la obra eminentemente católica del *Apostolado de la Oración*, y á todos los sacerdotes, religiosos y fieles, que secundan tan bien su celo, el cuidado de examinar delante de Dios el alcance de estas reflexiones; y, si las encuentran fundadas, el de apreciar en qué medida deben de terminar en la práctica la unión del Apostolado del Sufrimiento y del de la Oración.

Brotando del Sagrado Corazón de Jesús, como una flor de su tallo, este apostolado suplicante ha realizado ya en el mundo un bien muy considerable. No dudamos; por el contrario, tenemos la entera convicción, de que ese bien y esos felices resultados serán centuplicados desde el día en que el Apostolado del Sufrimiento, brotando también de las agonías del Sagrado Corazón de Jesús, y uniéndose con el lazo más estrecho al Apostolado de la Oración, le vivificará con su divina influencia, y no formará con él más que un *solo apostolado. Fiat, fiat*. Por sufrimientos, volvemos á decirlo por última vez, que entendemos aquí nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras enfermedades, nuestras tribulaciones de todos géneros, nuestras pruebas interiores y exteriores, nuestros reveses, nuestras mortificaciones voluntarias..... sobre todo, *la ofrenda cotidiana de nuestra vida* por las almas, y, si Dios nos lo inspira, *la demanda de sufrir* con este objeto apostólico, como lo hicieron tantos generosos discípulos de Jesucristo, constituyéndose así en estado de víctimas dispuestas á padecerlo todo, hasta la misma muerte, para glorificar á Dios, asegurar el triunfo de la Iglesia, extender el reino de Jesucristo, y salvar almas.

CAPÍTULO XXXII.

EJERCICIOS Y FÓRMULAS DEL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

Réstanos exponerte, sin embargo, querido y piadoso lector, algunos medios prácticos de reducir á actos este *Apostolado*, del que acabamos de mostrarte su naturaleza, su excelencia, sus ventajas y sus condiciones. No pensamos, en efecto, que tú seas del número de los que leen y no practican; creeríamos inferirte una injuria. Por otra parte, ¿de qué te serviría haber leído las páginas todas de este libro, si no sacabas de ellas otro provecho que la satisfacción de una vana curiosidad?

Para responder al deseo de tu piedad y de tu celo, vamos á ofrecerte diversos *ejercicios* y diversas *fórmulas*, por medio de las cuales te será fácil, con la ayuda de Dios, reducir á la práctica el *Apostolado del Sufrimiento*.

En los ejercicios, ó si te parece mejor en la obra práctica del *Apostolado del Sufrimiento*, es necesario considerar tres cosas, á saber: la *materia*, la *manera* y el *objeto*; la materia, es decir, los sufrimientos que se ofrecen; la manera, es decir, la forma ó el modo de ofrecerlos, y el objeto, es decir, los diversos fines para los cuales se ofrece.

La *materia* de los ejercicios del *Apostolado del Sufrimiento* son nuestros trabajos, nuestras penas, nuestras mortificaciones voluntarias, nuestras humillaciones, nuestras tristezas, nuestras enfermedades, nuestras privaciones, nuestros dolores y tribulaciones de todo género, que llegan á nosotros por permisión de Dios, bien sea que los hayamos pedido, ó no; son, en fin, el sacrificio de nuestra vida.

La *manera* ó forma de estos ejercicios es el modo que adoptamos para ofrecer á Dios nuestros sufrimientos, es decir, por *simple ofrenda* sin voto, ó por ofrenda acompañada de voto, bien sea en *asociación* ó *individualmente*.

El *objeto* es la *intención general* ó *particular* que nos proponemos, esto es, lo que deseamos obtener por la ofrenda de nuestros sentimientos. Esta intención varía según los deseos de cada uno; mas para que se relacione con el *Apostolado del Sufrimiento*, es preciso que, de una ó de otra manera, tenga por objeto la salud ó la perfección de las almas. Ahora bien: el que sufre puede proponerse el bien espiritual de una ó de muchas almas; el de una familia ó de una comunidad; el de una parroquia, el de una diócesis, el de un reino, el de Francia, por ejemplo, que tiene de él tanta necesidad; en fin, el de la Iglesia entera y el de todas las naciones.

Sin embargo, aunque las intenciones de nuestro celo abracen á la Iglesia y al mundo entero, es útil y ordinariamente necesario para evitar vaguedades,